

ESTADOS UNIDOS Y EL BICENTENARIO INDEPENDENTISTA

Por Clara Sotelo

Hablar del Bicentenario de la Independencia, el que se acerca para la mayoría de países hispanoamericanos (1810 – 1824 sin Cuba—que vendría después), solo permite incluir a los Estados Unidos tangencialmente. Al momento de nuestra liberación, ellos llevaban ya más de treinta años (1776) creciendo en el ejercicio de gobernarse como república independiente. Así es que ya pudieron celebrar los 200 años de su gesta emancipadora, en 1976. En gran parte del resto del continente dicha conmemoración aun se espera. Entre más cerca de ese momento, más se piensa, se escribe y se discute del mismo. La reflexión nunca sobra.

Es inevitable reconocer la influencia que tuvo en los países hispanos la gesta revolucionaria iniciada por los estados en el norte del continente americano. Además de la propagación de ideas libertarias para terminar con la colonización y el control imperial de los países europeos, otro común denominador fue el de presentar y usar como guía filosófica en la creación de las nuevas sociedades una que no representaba a todos los grupos sociales. Aunque en el papel se hablara del concepto de “libertad e igualdad para todos,” algunos se han quedado hasta hoy sin disfrutar de las mismas condiciones y beneficios. Las nuevas repúblicas, supuestamente “libres e igualitarias,” erigieron sistemas de gobierno jerárquicos con sectores privilegiados que sacaron provecho y gozaron de las nuevas condiciones más que otros. En particular, porque quienes quedaron en el poder entraron al nuevo sistema con una ventaja: pertenecían a la clase social que iba a inaugurar y manejar el sistema económico que se adoptó, el capitalismo, el cual seguiría manteniendo jerarquías y permitiría que sólo unos cuantos—aquellos con la sartén por el mango, salieran adelante.

En Estados Unidos, los “padres de la patria” eran hombres caucásicos, de origen europeo que sólo entre ellos determinaron cómo se manejarían las nuevas sociedades. No siempre fue claro ni explícito si incluían en sus lineamientos y planes de estado a otros sectores de la población cuyos derechos humanos y libertades civiles se han pasado por alto hasta ahora. En la Declaración de Independencia de los Estados Unidos dice: ... “que todos los hombres son creados iguales.” Solo incluye a los hombres y no dice a qué se refiere con eso de “creados iguales”. ¿Qué se parecen unos a otros, o se usa el mismo modelo para crearlos a todos? Y si era verdad que todos “eran iguales”, ¿por qué muchos siguieron siendo maltratados, explotados, discriminados? Dentro de los “más iguales”, o los que eran modelo de

“igualdad” (a ellos deben los otros igualarse), sale la decisión de cómo establecer todo de nuevo: gobierno, economía, comercio internacional, etc. El establecimiento de la nueva estructura social se inicia con aquellos individuos blancos de origen europeo como los únicos votantes y con derecho a ser gobernantes, además de dueños o propietarios de tierra y de medios de producción—derecho a la propiedad que mujeres, negros, e indígenas no poseyeron por un buen tiempo, y que en algunos casos todavía no han alcanzado.

¿Dónde estaban en su “Declaración de Independencia” los derechos de las mujeres, los indígenas, o los de individuos de origen africano? Podía inducirse que todos los seres humanos estaban representados, pero en verdad, no era así. Ni en Estados Unidos ni en los países hispanos de las Américas han podido gozar siempre aquellos sectores sociales de condiciones de verdadera igualdad. Hasta la década de los sesenta la segregación hacia los individuos de origen africano era una práctica común en el país que ha usurpado el nombre del continente para sí. Y no se puede olvidar la vida en las reservaciones, a la que se han visto obligadas las sociedades precolombinas hasta el día de hoy. “Progreso, libertad e igualdad para todos,” quedaría para lucir en el papel. Los que habrían de disfrutar más y mejor esas promesas eran aquellos con la suerte de haber nacido hombres blancos, con educación y conexiones, y con la movilidad que permite al poderoso, viajar por el tiempo, con los libros, y por el espacio, gracias al desarrollo de los medios de transporte y al acceso que a ellos solo tenían los privilegiados.

Como es del conocimiento de casi todos, el desarrollo posterior de las naciones establecidas en el norte, comparado con el de las del sur, no se asemeja en casi nada. La unión confederada de los Estados Unidos de Norteamérica salió adelante como un país próspero, industrializado y, muy pronto, líder del comercio internacional y, en gran parte, de lo que ha llegado hoy a conocerse como el fenómeno de la “globalización” y el “mercado libre.” De otra parte, del Río Grande para abajo, las nuevas “democracias” demorarían un siglo y más en comenzar a estabilizarse política y militarmente, y en establecer su sentido de naciones. (El avance en sus economías, parece no haber llegado.) Tal vez sólo ensayaron a gobernarse según los principios democráticos que proponía el movimiento libertador que les otorgó el derecho a nacer, a tener una identidad nacional. Caudillos, Juntas militares, Dictadores, Golpes de estado, Toma de gobierno y otros son apenas algunos de los términos asociados con facetas de la historia de muchos países hispanoamericanos.

Tanto en el norte como en el sur, como se sugirió, el sistema de la esclavitud no se abolió a la par que la opresión monárquica europea, ni siquiera después de la consecución de autonomía nacional. Por el contrario, fue con base en la discriminación que muchos sectores sufrían que logró varios de sus alcances el grupo privilegiado en el poder. Tampoco se dejó a la mujer practicar su derecho al sufragio; menos aun se tuvo en cuenta el sentir ni el pensar de los indígenas o los africanos sobre cual era su preferencia con respecto a la manera como deberían vivir: preservar su cultura, mantener su autonomía, respetar su deseo de autogobernarse. Las “modernas” naciones manejadas por dichos hombres blancos de la América no sajona ni gala ni portuguesa—solo de la hispana se habla aquí, se enredaron en guerras civiles, se quedaron en el sistema agrario de producción, y sólo pudieron mantenerse en el poder por medio de imposición y violencia. En ninguno de los dos casos se le dio un espacio de voz ni representación a los indoamericanos. Además, y siguiendo los parámetros del nuevo sistema económico—el del capital y sus leyes autorreguladoras de naturaleza infalible, y que otorgan libertad absoluta, los países de Hispanoamérica se embocaron en una carrera desquiciada por vender su alma al diablo. Aceptaron la introducción de compañías internacionales que explotarían sus recursos, la necesidad de trabajo para los empleados locales, y mano de obra barata para los pulpos financieros. En pocos casos, sin embargo, el tratar de competir contra dichas empresas permitió el desarrollando de industrias locales, lo que creó la ilusión de desarrollo.

Tristemente, el desarrollo económico hoy depende del movimiento internacional, más bien supranacional de capital corporativo, que pretende estar “más allá del bien y del mal” pero que, en verdad, tiene una agenda muy específica con metas claras, en números y letras que delectan a grandes trazos “todo se vende; todo se compra.” La falsa imagen se ha roto, y la visión es clara. Por eso se ven aquellas grietas que ha dejado el tiempo y que gritan: “la libertad, la igualdad y la justicia son lo último que aquí se ha practicado.” Por mucho tiempo, todo había sido silencio; o difamación o distorsión. No se le había dado crédito de su parte buena al invadido. Mucho menos se le ha otorgado la palabra.

Fue solo ante la insistencia de los mismos pueblos precolombinos que se comenzó a relatar y contar sobre (y con) su presencia. Este es uno de los aspectos en el que hay una cierta semejanza, y, sin duda, también diferencias de forma, contenido y acercamiento al asunto en discusión. La suerte de las

sociedades que ya ocupaban el territorio americano, a la llegada de los europeos, no fue ni más ni menos afortunada en el norte que en el sur. El tratamiento y el consecuente proceso de asimilación forzada o desadaptación natural, al cual se vieron enfrentados los pueblos indígenas, en consonancia con el devenir del resto de la vida nacional, evidencian el sometimiento y discriminación a los que fueron sometidos.

En la América del Norte se los controló por medio de reservaciones, en la América Hispana se los esclavizó o se los abandonó completamente. Los más sucumbieron, ya ante la lucha, ya ante la violencia o la enfermedad. Muchos quedan entre nosotros en las selvas del Amazonas, en las montañas y valles de los Andes. En las frías tierras del hemisferio norte, como en el caso de los esquimales, tanto como en los duros riscos de la Patagonia, pasando por toda la tierra americana: sus huellas no se podrán borrar en mucho tiempo. Está en la sangre y la cultura de muchos de nosotros, en los vestigios de sus templos, sus monumentos, su arte, su música, su comida. Y celebrar la independencia y el nacimiento de nuestras naciones sin tener en cuenta su presencia sería seguir endorsando el genocidio.

Cuando en 1976 sonaron las fanfarrias por los logros de la gesta emancipadora, se levantaron muchos y celebraron en grande. El grupo de los “nativos” americanos, como todavía se les llama en Estados Unidos, no tuvo una presencia ni una voz que les diera un lugar privilegiado, o por lo menos, de cierta importancia. Después de todo, fue su territorio el invadido. En segundo lugar, se los usó en las guerras contra los ingleses y se les impidió seguir su vida como antes de la colonización. Fueron y han sido ciudadanos de segunda categoría en su propia tierra: desconocidos, silenciados, desposeídos de derechos, de una identidad y de tener poder de decisión. Es, sin embargo, en momentos como estos cuando podemos hacer relucir su valía.

Talvez ahora, en el 2010, cuando para los hispanos ha llegado la hora de reflexionar y pronunciarse, sin miedo y con ganas del cambio: es cuando vale la pena sentir, decir, y pensar en qué queremos como naciones en el mundo caótico que nos avecina; cómo podemos reconstruirnos, trazar metas nuevas, crear conexiones e identidades para plantear salidas nuevas, caminos diferentes, objetivos más humanos. Como se dijo al comienzo, reflexionar es importante y solo lo hacemos cuando nos sentamos a pensar profundamente sobre un hecho histórico, al menos en este caso, un hito que vale la pena marcar. Y dejarnos llevar por esa corriente de reflexión a la que nos invita.